

ACTO DE CONMEMORACIÓN DEL 56º. ANIVERSARIO DE LAS NACIONES UNIDAS. Bogotá D.C., Octubre 29 de 2001

El día de las Naciones Unidas que hoy conmemoramos ocurre en una coyuntura muy especial para la Organización. Dos acontecimientos mundiales recientes le confieren ese particular significado.

Por un lado, le ha correspondido a la ONU asumir tareas de la más alta responsabilidad ante los graves actos de terrorismo ocurridos el 11 de septiembre. Frente a la conmoción y consternación que produjeron esos horribles atentados, la comunidad internacional se ha movilizó con rapidez y solidaridad. Tanto la Asamblea General como el Consejo de Seguridad han adoptado determinaciones sin precedentes en su historia, pero coherentes con la responsabilidad que les hemos delegado todas las naciones del mundo.

No podía ser de otra manera. Los ataques terroristas ocurridos en Estados Unidos sacudieron la conciencia del mundo entero y, por supuesto, de las Naciones Unidas, que es su órgano más representativo. Esos asaltos se dirigieron contra la dignidad del ser humano. La reacción en todos los rincones del planeta ha probado elocuentemente que el terrorismo, lejos de

dividir a los pueblos, los ha unido alrededor de los valores que forman la esencia de las relaciones civilizadas entre los Estados.

Las Naciones Unidas tienen la fuerza moral y política necesarias para coadyuvar a que la comunidad internacional prosiga la lucha contra el terrorismo a una escala mundial. Solamente una respuesta internacional concertada resultará eficaz para defender el derecho básico de vivir en paz y seguridad. La Organización está llamada a jugar un papel principal en la coalición global contra ese flagelo, mediante un esfuerzo sostenido y una estrategia amplia que una a todos los países del planeta. La ONU está en una posición única para contribuir a esa enorme tarea.

Como miembro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Colombia continuará respaldando todas las acciones que se convengan para hacer frente a las nuevas formas de terrorismo que amenaza la paz y la seguridad internacionales. Continuaremos brindando nuestro concurso a la solución pacífica de los conflictos que ocupan la atención del Consejo y a la discusión de los demás temas de su agenda, en consulta con las normas del derecho internacional.

El segundo acontecimiento que sirve de marco a esta celebración es el reconocimiento mundial de que fuera objeto hace pocos días las Naciones Unidas y el Secretario General de la Organización, al serles otorgado el Premio Nobel de la Paz. Como tuve oportunidad de expresarle al Secretario General, Kofi Annan, el mismo día en que fuera anunciada esa honrosa decisión, ella constituye un tributo al papel de la ONU en favor de la paz y las causas humanitarias.

Con el Premio, las Naciones Unidas ha sido proclamada de nuevo como la instancia más importante en el mundo para consolidar la paz mundial y la cooperación. Los funcionarios de la Organización son misioneros de la paz y de la solidaridad en los distintos rincones del mundo. Ellos trabajan arduamente, día tras día, por un mundo más justo, más pacífico y más seguro. Este logro es un justo reconocimiento a su laboriosa dedicación y a su determinación para trabajar por tan nobles ideales.

Sea también éste el momento para rendir un tributo póstumo a Lars Franklin, quien hace pocas semanas dejó de acompañarnos físicamente. El tiempo relativamente breve de

Lars en Colombia fue suficiente para descubrir en él su calidad humana, su talento y su vocación de servicio. Las enseñanzas e ideales que nos dejó en su paso por Colombia y otros países de América Latina serán el mejor estímulo para afianzar nuestro compromiso por la convivencia pacífica, el desarrollo humano y la democracia.

Durante los meses en que contamos con su presencia en nuestro país, Lars despertó el más alto espíritu constructivo, de trabajo solidario y de colaboración por las causas que siempre defendió, en favor de la paz y el desarrollo social. Dejó un legado indeleble de calidad humana y de lucha por los más nobles ideales. Proseguir de manera incesante en la búsqueda de la paz y de mejores condiciones para nuestros pueblos será el mejor homenaje a su memoria.

Debo destacar, por otro lado, el concurso que han prestado las Naciones Unidas en los esfuerzos que adelantamos para construir la paz y promover el desarrollo.

Las complejidades que afronta Colombia hacen necesaria una lectura cercana y objetiva por parte de la comunidad internacional y, en particular, de las instituciones multilaterales.

El acercamiento con las Naciones Unidas nos deja, en este sentido, un balance satisfactorio. El Gobierno ha encarado la situación interna del país con el enfoque según el cual somos parte de la solución y no simplemente parte del problema. Dentro de ese mismo espíritu hemos concertado la colaboración y el acompañamiento internacional al proceso de paz.

Hoy debo reiterar mi reconocimiento por el apoyo y cooperación que hemos recibido del Secretario General de las Naciones Unidas, y de su Asesor Especial, Jan Egeland, cuyo concurso se ha traducido en un importante estímulo en nuestros esfuerzos por la reconciliación nacional. El Asesor Egeland, quien termina su misión en nuestro país en pocas semanas, merece la gratitud de los colombianos por su incesante trabajo por la paz de nuestra tierra.

Quiero también reafirmar mi reconocimiento a las agencias del sistema de las Naciones Unidas en Colombia, por su destacada contribución en las múltiples áreas del desarrollo económico y social, la promoción de los derechos humanos y la asistencia humanitaria.

Trabajando juntos, contribuiremos no solamente a encarar los retos actuales que afronta Colombia sino a los esfuerzos de las Naciones Unidas por consolidarse como el foro global por excelencia para el fomento de la convivencia y la cooperación entre los pueblos.

Apreciados amigos:

No somos ya los mismos de hace tan sólo dos meses, cuando de alguna manera respirábamos tranquilos en un ambiente de relativa calma internacional. Pero era una calma artificial. Hoy nos hemos dado cuenta de que estábamos habitando un espejismo fomentado por actitudes indolentes y verdades a medias.

Había terrorismo, sí, pero lo veíamos como un problema focalizado que le correspondía enfrentar y sufrir a cada nación afectada, como si no fuera, en todos los casos, un atentado contra la humanidad entera.

Había narcotráfico, sí, y las naciones del mundo se contentaban con impulsar y demandar el control del mismo desde los centros de producción, como Colombia, mediante

acciones policivas, de erradicación y de interdicción, pero se les olvidaba que este flagelo es mucho más que cultivo y tráfico: es un problema mundial con ramificaciones globales.

Colombia siempre lo ha dicho, mi Gobierno lo ha repetido en cuanto escenario internacional se nos ha prestado para ello, pero a veces sentíamos que hablábamos ante auditorios de sordos: Hay que controlar la producción de drogas ilícitas, por supuesto, pero no podemos olvidar que las inmensas ganancias del narcotráfico no se quedan en nuestro país. ¡No, señores! Esas utilidades circulan campantes por el torrente financiero internacional, donde financistas y hombres de negocios de apariencia respetable hacen su “abril” en medio de la tolerancia del mundo entero.

Como lo dije el pasado viernes ante el Congreso Panamericano sobre Lavado de Activos: ¡Qué infortunado que hayan tenido que ocurrir los hechos terribles de Nueva York y de Washington para que el mundo se diera cuenta de que no se podía seguir durmiendo con el diablo!

Tenemos que aprender a sacar conclusiones positivas incluso de las mayores desgracias, y hoy podemos decir que hemos

aprendido algo de los atentados del 11 de septiembre: Hemos aprendido que no podemos seguir jugando el juego de las “medias tintas”.

Hemos aprendido que la laxitud en el control de las entidades financieras en todo el mundo, que la existencia de paraísos fiscales y bancarios, es lo mismo que entregar una patente de corso para que todos los criminales hagan y rehagan sus ganancias, acumulando fondos para financiar la muerte.

Hemos aprendido que detrás de la violencia en varios sitios del planeta, detrás de los actores ilegales del conflicto interno colombiano, como las guerrillas y los grupos de autodefensa, se encuentra la mano oscura del narcotráfico y que tenemos que luchar conjuntamente contra ella, como la principal fuente de financiación de la violencia en el mundo.

Vamos a continuar la lucha, pero ¡no más con discursos retóricos y buenas intenciones! El viernes lo dije, citando la Biblia: ¡No podemos mirar la paja en el ojo ajeno, sin ver la viga que tenemos en el propio!

¡No más medias tintas, apreciados amigos! La comunidad internacional debe hacer un voto sincero y con convicción por la vida humana, por la dignidad de la vida humana, como el tesoro más sagrado de la existencia.

Donde quiera se atente contra esta dignidad, donde quiera se ataque vilmente a la población civil, ¡ahí hay terrorismo! No importa que los actos provengan de un Estado supuestamente legítimo; no importa que vengan de una organización al margen de la ley con pretendidos ideales políticos; no importa que sean ejecutados por un grupo de fanáticos religiosos. ¡Nada puede ser pretexto para atacar a los civiles indefensos!

No se trata de definiciones. Son los mismos grupos que persisten en apelar a la violencia quienes tendrán que definirse. Y la línea divisoria es muy sencilla: O se respeta la vida y dignidad del ser humano, o no se le respeta, como es el caso de las infracciones al Derecho Internacional Humanitario.

Esta nueva convicción internacional -que todos estábamos en mora de aplicar, tal vez por el adormecimiento de la llamada posguerra fría- debe traducirse en hechos que superen los discursos:

¡No más convivencia con el lavado de activos, así tengamos que afectar los grandes conglomerados financieros del mundo!

¡No más insumos químicos producidos y vendidos sin control para la producción de drogas!

¡No más armas producidas y vendidas de forma ilegal o sin controles para la propagación de la muerte!

Sólo si hacemos realidad estos postulados, -comenzando por los países desarrollados-, con hechos concretos y voluntad política, estaremos dando sentido y eficacia a la lucha que ha venido dando Colombia desde hace años contra el cultivo y la producción de drogas.

Los invito, en este día propicio como pocos en que celebramos un aniversario más de las Naciones Unidas, a que renovemos la fe en el hombre y a que abandonemos de una vez por todas los dobles discursos que tanto daño han hecho a nuestra causa común, que es la causa de un mundo en paz.

Son nuevos tiempos, señoras y señores. Son tiempos de actuar con decisión y coraje. Tiempos para el temple y las definiciones.

Son tiempos, sobre todo, para creer en el ser humano, para defender al ser humano... ¡para hacernos dignos de ser humanos!

Muchas gracias